

La (novela) fantasma

Luisa Futoransky

1

Los dibuks son almas que no habiendo encontrado reposo se mezclan a los negocios de la tierra sin dejar una zona intermedia del cielo.

Un sinnúmero de ellos andan enredados en la vida de la gente. Tantos, aunque querrían, no pueden zarpar. Tampoco nosotros podemos deshacernos de ellos. Magno, maligno lío.

Los hay que trabajan por cuenta propia, los que se meten en el cuerpo del recién nacido que les parece más indicado y los que les dan una mano a los ángeles a fin de que cumplan alguno de sus designios para con nosotros.

En el relato del ciclo de reencarnaciones hay la tira de zancadillas, también de telas de araña; apenas fingís distraerte y babas del diablo ejecutan una trampa mayor no por sabida evitable y te ves de nuevo contra las cuerdas. El dibuk no oculta su satisfacción, hace una mueca, lanza chillidito de costado y parte. Dónde; nadie sabe.

Me gustaría creer que nuestros íntimos con los que siempre hubiéramos podido ser un poco mejor, solo se quedan por aquí un tiempito corto después del cual se irán en serio a descansar aliviados, largo y tendido por alguna esfera mejor situada que ésta, fuera del sistema solar. Pero ahora nos queda aceptar de ellos una modesta, intempestiva palmadita en el hombro. Un discreto enderezar de timón. Revisar que no se oxide la caja de herramientas. La brújula rara vez miente.

Cuestión práctica de extrema importancia: ¿Cómo reconocer si uno tiene la cama infestada de dibuks, vale decir de una retahíla de chinches, ícubos y súcubos? Si cuando uno se levanta, sus propios sueños lo hacen llorar, la respuesta es positiva.

Que lo sepan: cada uno tiene que lidiar con el lote que en algún firmamento le fue adjudicado de dibuks, pesadillas, alimañas y bichos que existen; algunos prosperan solo en el mate, como las quimeras. No es recomendable meterse a indagar en azotea ajena. Tampoco someterse en forma incondicional. Las azoteas forasteras tienden a transformarse en jaurías. Antes de que haga estragos el viento huracanado calafatear con masilla y a conciencia las juntas. En algún momento el silbido pasa. Silencio. De repente, una noche de sosiego.

Siempre lo pensé: Los animales y la gente que no entraron en el Arca de Noé, seguro se quedaron en nuestro inconsciente, y muchos fueron absorbidos por los muros de las ciudades. No solo se esconden entre las grietas de las ruinas. Con unas paredes descascaradas les basta.

A veces los dibuks —guilgul en el medio cabalístico referido a la reencarnación—, se desmaterializan, apenas una columna de vapor en un pasaje o cortada adoquinada, el aire tiembla y listo. Adoquinada, porque entre piedra y piedra alguna señal dejan, una que otra uña, un par de escamas, un canino, una lluvia de caspa sobre los hombros. A primera vista evaporados. Sigán de largo, por favor, uno pide sabiendo en el fondo que ellos ni caso.

Para comprender un poco y atravesar sin excesivo riesgo el mundo dibuk hay que pasar umbrales, dinteles, fronteras y descender bastantes peldaños de escaleras caracol construidas con metales frágiles que cimbran con la tos, un quejido, un pasito en falso. Escaleras para ir dónde, a torres que están ahí desde el medioevo, asomarse a qué prados. Andá a saber. Mundos sellados bastante infranqueables. Ponerse escafandra tipo lunar por un rato sirve.

El mundo dibuk no sabe qué es pudor y qué es recato. Mundo impío desconoce la modestia y la verdad aquí es puro prisma. Engañapichanga. O caleidoscopio.

Se rige por otros alfabetos de escrituras que no sabemos descifrar cuyo nombre banal es “sexto sentido”.

En su descargo se atrincheran en que para adentrarse en nosotros vislumbran nuestro asentimiento, nuestra capacidad para la sumisión o la mezquindad y se pegan igual que los virus de cualquier brecha.

Todo ese universo, digamos que “sobrenatural”, nos observa. Anida y eclosiona en nuestras debilidades. Se burla de nuestra sanidad y santidad que siempre considera falsas. Hace lo que puede, con frecuencia exitosamente, para pudrirnos la vida. En vez de carreras de embolsados, las que suelen aún jugarse en las fiestas campestres de muchos países, los demonios de baja estofa nos condenan a una perpetua carrera de espejismos.

El dibuk no tiene sexo de preferencia, hombre mujer, planta o bicho, el dibuk puede elegir meterse dentro de lo que se le cante; hasta dentro de las piedras. Como propios no tuve, respecto de los niños poco supe y los libros no me aclararon el tema para nada. De vez en cuando surge un iluminado que cuenta historias de reencarnaciones a lo dalai lama de chicos que recuerdan vidas anteriores y poseen conocimientos que no se puede explicar cómo les cayeron encima.

Lugares de esparcimiento para estas entidades suelen ser los conjuntos filo dramáticos, las sectas pequeñas que tienen a la cabeza un gurú exigente y carismático y los manicomios en general.

Eso sí, cuando el dibuk parte del cuerpo de uno hay que reaprender a respirar y por tanto a marchar, a balbucear. Maltrechos, igual que después del Corona, príncipe de los virus. Como queden ellos, de veras me tiene sin cuidado. Vaciados de contenido, el nuestro ¿con qué criterio lo inoculan? Si es que algún criterio tienen o siguen. Con sorbernos el seso y llevarse la alegría puede que les baste.

La impronta de gente en tu vida se reduce a unas pocas pinceladas de diverso grosor, a veces es obra con cincel u otros instrumentos de escultura, otras unas líneas de puntos tenues. Hay quienes pasaron dejando un encalado frágil y también los apurados, que terminaron una faena desprolija, de brocha gorda. La suma de presentes y ausentes que son los fantasmas de tu tránsito siempre ronda los 613, como lo previó Luria, el Ari, grande entre grandes, por el siglo XVI.

A veces una frase, una circunstancia, un color, una voz que se pierde en la línea de horizonte crepuscular, una leve palmada en el hombro los despiertan. Abrís los ojos, reconocés unos ojos, un traje, un consejo, la voz y por dentro les agradecés la visita, el saber que andan bien. Atinás una exclamación de sorpresa y creés que con seguir de largo, como si nada, te ponés un rato a salvo.

Pitágoras fue un convencido de la transmigración. Avant la lettre, no comía carne porque las almas de todos los seres vivos pasaban después de la muerte a otros seres vivos. Solía manifestar su recuerdo de haber estado en Troya cuando Euforbo, hijo de Panthus, asesinado por Menelao.

Platón es del mismo bando. En Fedro, escribe que el alma, de acuerdo al descubrimiento de la verdad que haya alcanzado, nacerá en uno u otro tipo de cuerpo. En La República explica cómo el guerrero Er muere en el campo de batalla pero regresa al cabo de diez días, durante los cuales ve las almas de los hombres que esperan renacer.

Volviendo al Arí: Entre 1534 y 1572 vivió un místico judío en el norte de la Galilea y también en una isla en Egipto. Se llamó Isaac ben Luria, (bendita sea su memoria, según la fórmula tradicional para nombrar a los que no están) y no escribió nada, ni quiso dejar nada escrito pues pidió ser enterrado con sus manuscritos. Sus discípulos cumplieron su exigencia, pero usaron el ardid de repartir desde el día en que murió al siguiente, de su entierro, entre sus 30 alumnos todo lo que había escrito y por ende, copiarlo a toda prisa. Así, las enseñanzas del Ari, dependerán del fragmento y la interpretación del copista que te toque.

El más conspicuo y devoto fue Haim Vital, (en la cábala ninguna letra, punto ni coma son inocentes) en hebreo Haim es vida y vital es vital pero también rocío.

Al Ari le debemos teorías místicas arduas y complejas como la de la rotura de los vasos. Por alguna razón que aún se me escapa los cálices de vidrio esmerilado cayeron con estrépito y se fragmentaron al infinito. Cada uno de nosotros tiene dentro de sí fragmentos de esas astillas divinas. Debemos volver a reunirlos para obtener algo semejante a la paz paradisiaca. En materia de pegamentos todo vale, cola de pescado y polvo de estrellas, por ejemplo. Probamos y probamos con el triste resultado que observamos.

Otro de sus predicamentos es el de la ocultación del rostro que viene a ser algo así que para que quien no tiene fin permita el libre albedrío humano debe retirarse de su propia creación, y nos deja en ese espacio a partir de ahí; nuestro, a merced de las pestes y las guerras. Y ya que estamos, a manos de tiranos y tiranuelos en general.

La aventura mística final es la de la reparación, nos incumbe a los humanos reparar los vasos y volver a recibir y gozar en ellos la serena luz de la divinidad.

A través de los siglos sus teorías se fueron destilando y aquerenciando. Cayeron por ejemplo en manos del artista alemán Anselm Kiefer quien puesto a pedir cuentas a su país por lo actuado en la Segunda Guerra produjo exposiciones y performances que interrogan la Cábala respecto de la rotura de los vasos. Trepa que te trepa llegó a “la noche de los cristales rotos”, linchamientos y progromos de 1938 contra judíos, sus propiedades y lugares de culto en Alemania y Austria. El pavimento de las galerías quedaba repleto de cristales desmenuzados con su correspondiente estrépito. Los paseó por el mundo del arte con su título en lengua original Shevirat a keilim.

Estamos de acuerdo, la palabra, el Libro y la escritura construyen el mundo. En el Shulján Aruj (La mesa servida) libro de 1567, Josef Caro, el discípulo más cercano de Luria, para ponerlo más clarito aporta lo suyo a tan embrollado asunto:

... si una persona no se perfeccionó lo suficiente cumpliendo los 613 preceptos en acción, palabra y pensamiento, estará sujeta, por necesidad, a la reencarnación y quien no haya estudiado el Libro de acuerdo a los cuatro niveles; literal, alegórico, homilético y místico verá retornar su alma para reencarnarse y que pueda cumplir con ellos.

(Lo de homilético nunca me quedó claro.)

Mientras me resbalaba de trabajo en trabajo varios fueron abandonando las filas del coro por causa de sida, de cáncer, de hepatitis c, de encierro en Ville Evrard, en el Saint Anne o se van a ir este año o el que viene. ¿Yo, cuándo?

¿Dibuk y virus corona son caras de una misma y múltiple moneda? Dibuks que andan por libre, propagándose. Como a las plagas no les cabe ningún sayo y a trotar y mutar. Mutar y trotar, que es lo suyo: disiparse, al menos por ahora, no.

No nos dimos cuenta creyendo que cuando mucho era una peste bíblica como la langosta pero es muchísimo más. Pruebas al canto, ni hospitales ni loqueros dan abasto.

Entre dibuks, pocas cornadas:

Antes de entrar, dejen salir (Graffiti del metro de Barcelona)

3

Al principio registraba en cuadernos y cuadernitos las manifestaciones más evidentes de los dibuks que residían en las personas que se me acercaban en forma aparentemente voluntaria pero después dejé de hacerlo porque me di cuenta que me despertaban algo que para nada yo quería: esto es, ser coleccionista de nada y menos aún de dibuks. La mentalidad del coleccionista me es y no me es ajena porque se pierde triunfante, en un mar insignificante de detalles, casi siempre insensatos. La pavada en un altar. No se trata de conseguir los últimos 60 cuadros de Van Gogh y luego legarlos a un museo con obligación de que la entrada al público sea gratuita, no.

La acumulación se torna indispensable, hasta que se convierte en anaconda y su abrazo te corta definitivamente la respiración.

Vi muy cercanos juntar latas de cinco litros de aceite marca malvaloca con una bailarina de flamenco y abanico desplegado roja en el dorado. Vi juntar monedas de cuatro

céntimos uruguayas, libretos de ópera, y una vez la colección completa desprenderse sin problemas del rejunte y empezar otra nueva, como si nada.

Cuando conté en mis cuatro paredes siete máscaras africanas y reconocía los puestos mejor surtidos en zaireñas del mercado de Clignancourt y visitaba a mi séptima kachina en la galería especializada codiciando sin blanca sus novedades, paré en seco. Y mandé al dibuk acopiador, con éxito, por ahora, contra las cuerdas.

Mi paso por esa etapa me permite reconocer desde el vamos al dibuk avaro que muchas veces solapa al coleccionista.

En cuanto a las kachinas, como André Breton, Max Ernst, Marcel Duchamp, Matta, Lévi-Strauss y Jacques Lacan, las admiro, amo y respeto. Detalle: las kachinas no tienen zonas erógenas, la gente sí.

Aclaración: Lo de La fantasma me quedó en la cabeza por una poeta que recontaba que por los años cincuenta había creado con su pareja de entonces por Paseo Colón una boite en un subsuelo donde iban escritores y artistas que se llamaba así. Se encanallaban, bebían y ella pasaba recitando entre los asistentes envuelta en sábanas. Hasta el final de su vida estuvo muy volcada al esoterismo, la lectura del tarot, la astrología y todo tipo de métodos adivinatorios, en los que un día sí y otro no ella misma se convencía que creía pero era solo una manera de deslumbrar al auditorio.

Mi repertorio de personas dibukadas que sin mayor explicación se acercaron a mi vida utilizando el sistema más difícil de extirpar, el de garrapatas es amplio y surtido.

De fuerza es confesar que una vez habituados a ellos muchos desaparecieron como habían llegado, sin dejar señas, prefiriendo alojarse en otras sangres, otros sueños.